

CURSO DE ESTILO – EJERCICIO 1



Para realizar los ejercicios de este curso nos vamos a inspirar en imágenes. La primera es esta, la he titulado *Ventanas*.

Imagina una historia y escribe un texto basándote en lo que ves, pero deja volar tu imaginación. ¿Qué es ese edificio?, ¿adónde dan esas ventanas?, ¿qué tipo de personas suben y bajan por esas escaleras?, ¿qué atmósfera percibes?

Este ejercicio servirá para valorar cuál es el punto de partida, cómo es tu estilo y cómo te defiendes a la hora de escribir una narración. Por eso, de momento, no hay más requisitos. Escribe un texto libre.

El único requisito de este primer ejercicio es que su extensión no supere las dos mil palabras de extensión (unas cuatro páginas con un interlineado de 1,5 puntos), escritas con un procesador de texto en letra tipo Times New Roman o similar, cuerpo 12.

Cuando lo tengas listo, envíamelo a nmartinez@sinjania.com.

LA FUERZA DEL DESTINO

Yo nunca quise ir a la universidad. Me gustaba estudiar en casa y seguir las lecciones que Didi nos mandaba desde el salón principal. En esa estancia, Marta tocaba el vetusto piano todas las tardes. La música ayudaba a la hora de memorizar en latín, como si ambos ritmos pudieran fusionarse hasta crear una secuencia de notas y letras. Luego, podía hacer los deberes en el jardín. Durante la primavera y el otoño era hermoso sentarse allí, con un libro en la mano y la cabeza llena de imágenes. El verde se transformaba en naranja y marrón, pero la sensación permanecía inmutable. Yo era la montaña.

Para una niña mimada, la mansión a punto de derrumbarse en cada esquina todavía parecía un castillo inexpugnable. Mis hermanos se marcharon pronto a esos colegios privados de los que se contaban crueldades, pero yo me hice fuerte en el desván. A través del tragaluz sólo se veía el cielo encapotado; a veces, se tornaba de un azul oscuro, casi negro, o brillaba en tonos blanquecinos por la luz del sol, aunque lo habitual es que las nubes cubrieran su superficie sin remedio. Encerrada durante horas, leía todos los libros de la vieja biblioteca hasta que debía encender las velas para irme a dormir. Y por la noche, soñaba con las historias que había descubierto durante el día, a las que añadía detalles inducidos por el protagonismo del subconsciente.

La vida era una sucesión de instantes tranquilos e indulgentes provocados por la soledad de mi aislamiento. Sin los hermanos y con mi padre ausente, mamá no se molestaba en inculcarme disciplina. Didi, por su parte, tampoco se sentía obligada a imponer unas normas que nadie le había exigido. De este modo, yo aprendía de manera anárquica, sólo por el placer del conocimiento. Por supuesto, me alejaba de las matemáticas, ya que los números no me decían nada. Era imposible componer poemas o cantar sonatas con ellos. No obstante, perdía el tiempo inventando juegos de palabras a los que sólo mi ama respondía. Nadie forzaba mi educación en un sentido u otro. Creo que tampoco se esperaba nada de mí. La libertad me sentaba demasiado grande, y me acostumbré a ella enseguida.

Por ello, cuando padre volvió con sus nuevas y revolucionarias ideas acerca de la formación femenina, la vieja casa se tambaleó por el peso de sus expectativas.

— Quiero que mi hija sea la primera mujer de esta familia en ir a la universidad.

Esa frase, por extraña, fue la mecha. El incendio se propagó por toda la casa hasta que el humo nos asfixió a todas. Didi se marchó en seguida, al comprobar que su alumnado encontraría campos más verdes en otros lares. Mamá tampoco tuvo la energía necesaria para enfrentarse a la fuerza de la naturaleza con la que se había casado. Su matrimonio consistía en un acuerdo tácito sobre todas las cuestiones familiares, aunque eso le supusiera transigir sin réplica. En consecuencia, sólo yo me rebelé contra ese destino, que algunos podrían llamar feminista, con la estrategia de un animal acorralado. Durante semanas, me atrincheré en el desván e intenté realizar una huelga de hambre sin éxito. Mi padre pronto se enteró de los mendrugos de pan que el ama me pasaba a escondidas. Para entonces, ya había financiado mi plan de estudios universitarios con el dinero de la dote. No había nada más que discutir y, una tarde, mientras observaba las nubes de algodón a través del tragaluz, comprendí que había batallas para las que todavía no estaba preparada.

Al menos, esperaba que estudiar fuera de casa me diera las armas necesarias para defender mi punto de vista en el futuro. Por supuesto, tampoco tuve voz ni voto en la elección de la carrera. Letras y filosofía. «Sé que te gusta leer y escribir», afirmó padre con una sonrisa torcida. Él siempre supo lo que era mejor para todos. Sin embargo, el primer día que vi aquel edificio gris, moderno y resistente, advertí que hasta las personas más sabias podían equivocarse. Aquel nunca fue un lugar de reposo para mí. Yo era feliz en el campo, cerca del piano en el que Marta practicaba, rodeada de los árboles caducos del otoño, iluminada por el único faro del tragaluz. En la universidad, los ventanales me asustaban. Pasaba delante de ellos como la sombra de mis compañeros, sin atreverme a mirar al otro lado. La ciudad se levantaba, oscura, detrás de esos muros, y la simple silueta que se reflejaba en los cristales me generaba intensas jaquecas.

Padre no se explicaba cómo podía haber suspendido la mayor parte de los exámenes, creía que yo había intentado retarle de nuevo.

— Algún día entenderás lo que he hecho por ti.

Mientras mi salud se resentía, yo me convertí en una joven floja y evitativa. Apenas conseguía confraternizar. No había muchas caras amigas por los pasillos. Ellos todavía nos miraban por encima del hombro, al tiempo que ellas se ocupaban demasiado en la supervivencia como para preocuparse por mis absurdos desvelos. La mayoría de mis camaradas había luchado con ahínco para acabar allí, en la cárcel de la que yo era presa. Se sorprendían de que no me esforzara por encajar en un sistema que nos rechazaba. Pero era incapaz de seguir aquel ritmo cotidiano y ordenado. Me escapaba al corredor y me apoyaba en los barrotes de las ventanas que tanto había evitado al principio. No pensaba en lanzarme al vacío, o algo por el estilo. Sólo buscaba la naturaleza perdida en la ciudad. Ponía el oído a la espera de que todavía quedara algún pájaro extraviado, que me recordara el hogar del que me habían expulsado. Todo era en vano.

Una tarde tan poco especial como la anterior, me perdí al bajar la escalera auxiliar y terminé en una sala bastante más pequeña que las demás. Apenas había luz en su interior, ya que la enorme ventana oval estaba cubierta por una gruesa cortina. De espaldas, un joven tocaba en el piano las canciones de mi infancia arrebatada. El intérprete poseía el cabello ensortijado de Marta y, por unos instantes, me transporté a un pasado reciente, no tan lejano, pero que se extendía en el tiempo como una alfombra en desuso. La música era grave, una partitura cargada de redondas y blancas, un ritmo denso. Notaba las lágrimas mojar mis pestañas, ansiosas por salir al fin. Cerré los ojos para mirar de frente la vieja mansión en ruinas, el tragaluz con cielo nublado, el bosque de colores vivos. Me concentré en la sensación de seguridad que había nacido en aquella casa, y que ahí se había quedado, sin poder guardarla en una maleta. Me preguntaba si aquella educación prometida nos convertiría en mujeres más fuertes el día de mañana. Si alguna vez volvería a caminar con paso firme y mirada alta.

— ¿Puedo hacer algo por ti?

La música había cesado. El chico permanecía sentado junto al instrumento, pero atento a mis movimientos. En sus ojos yo veía interés, y me aproveché de su instante de duda.

— Quiero aprender a tocar el piano. Me vas a enseñar.

Como mi padre antes que yo, me había convertido en el tipo de persona que da las cosas por sentadas. Estaría orgulloso de mí.